

Para transformar el conocimiento



El género en los “Estudios de las mujeres”

Consuelo Flecha García
Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad de Sevilla

Muchas mujeres han entrado en el siglo XXI sintiendo que ya no quieren como único horizonte la disyuntiva de elegir, de manera excluyente en cuanto a la forma de realizarlo, bien el destino biológico y doméstico, bien la homologación con el modelo de vida masculino.

Aunque no es fácil trabajar la continuidad y el cambio en la historia de las mujeres, ni siempre conveniente tratar de segregar, o de diferenciar, a los seres humanos según los determinismos biológicos, es inevitable partir de que a hombres y a mujeres se les han asignado tareas y supuesto comportamientos distintos, y de que su presencia en la elaboración del conocimiento erudito ha sido muy desigual. Las relaciones interpersonales, la creación de ciencia, y las estructuras que las impulsaban y acogían, no eran igualitarias porque estaban, se viene diciendo, “profundamente marcadas por condicionamientos de género”.

Pero el recorrido hecho en las últimas décadas, ha ido dejando atrás un concepto de identidad femenina complementaria y dependiente de la identidad del hombre, y también otra más reciente, moldeada con referencias masculinas. La experiencia de las mujeres de más edad, en formas diferentes de realización personal, y en las jóvenes, la observación atenta de lo que sucede, lleva hoy a escuchar y a recrear deseos que no rompan del todo la continuidad de unos modos de ser, de hacer y de saber femeninos, en los múltiples espacios sociales donde actúan con libertad y con eficacia.

Haciendo historia

En los movimientos de mujeres, satisfechos en los primeros años cincuenta del siglo XX, por los logros en cuanto a oportunidades de acceso al mundo laboral, a la educación y al voto, provocaron un efecto llamada a detenerse en la “condición femenina” que se asumía, tanto los desajustes que no dejaban de percibir en su vida personal, como el perspicaz análisis de la vida de las mujeres que aquellas generaciones pudieron leer en libros como el de Simone de Beauvoir, *El Segundo Sexo*.

Algo más tarde, empezamos a encontrar en el mundo universitario profesoras interesadas en lo que los movimientos de mujeres estaban expresando; malestar e impaciencia en torno a cuestiones de las que también participaban y querían hacerse eco, incluso por pertenecer a alguno de esos movimientos. Decidieron iniciar grupos de investigación centrados en el estudio de algunas de ellas, de su origen, de sus causas, de los mecanismos que las mantenían y de las actitudes que debían despertar en las mujeres. Y elaboraron programas docentes para difundir y debatir en las aulas, el conocimiento al que iban llegando. Estas primeras actuaciones son el origen de los "Estudios de las Mujeres", un ámbito del saber que ha experimentado en poco más de tres décadas un gran desarrollo en muchas Universidades.

Poco a poco, y con un ritmo creciente, nuevos trabajos científicos se incluían en esa corriente de conocimiento, se publicaba bibliografía clarificadora a partir de los resultados, y ese saber ocupaba un lugar en la actividad docente. Otros departamentos universitarios, y algunos círculos feministas, dedicados o interesados en disciplinas especialmente necesitadas de revisión desde estas preocupaciones, se sumaron al mismo quehacer. El volumen y calidad de lo que encontramos en España, es una confirmación de todo ello.

El concepto de género

En este mundo académico se creó la categoría *género*, un concepto que, aunque no sólo

ni en todos los casos, se utilizó preferentemente para el análisis de los temas que se estaban investigando. La eficacia asignada y reconocida a esta metodología epistemológica, y la aceptación de los trabajos que resultaban de aplicarla, llevó a que el término *género* sustituyera al de *sexo*, o al de *mujeres*, en el lenguaje con el que se difundían.

El género, una categoría analítica y un marco explicativo que se introdujo en los años setenta con relativa facilidad, y que se empleó como una herramienta en la investigación, porque permitía entender mejor y hacer explícitas

las condiciones en que era posible una vida vivida en femenino. Pero no fue la única, pues el pensamiento feminista de los ochenta se desarrolló también en otras direcciones, las cuales dieron como resultado importantes debates teóricos en numerosas áreas de conocimiento, reformularon determinados supuestos, y ampliaron las perspectivas de análisis.

Un balance provisional de lo sucedido en la trayectoria reciente de esta actividad investigadora, desarrollada mayoritariamente por mujeres, nos permite afirmar lo siguiente: las interpretaciones más desveladoras y que reflejan una parte significativa que la realidad buscaba, se han producido en el intercambio conceptual entre los principios que, no sólo las ciencias sociales, fueron reformulando en el siglo XX, y la teoría feminista. En este contexto, la categoría género supuso una aportación importante, en particular desde que la profesora americana Joan Scott estableció, en la década de los ochenta, su capacidad descriptiva y explicativa. Y junto a ésta, se incorporaron a los análisis que se aplicaban a diferentes ciencias, otras categorías no menos lúcidas, como la de igualdad, la de patriarcado, las utilizadas por diferentes ideologías, o la que se refiere a la diferencia sexual.

El género, una respuesta parcial

La distinción descubierta, en sí mismas y en las producciones científicas, entre sexo y género, parecía liberar a las mujeres del peso de una tradición patriarcal que las vinculaba con contenidos predeterminados y justificadores de su exclusión de los espacios que se denominaban públicos. Y avisaba de que lo femenino y lo masculino eran construcciones so-

El recorrido hecho en las últimas décadas, ha ido dejando atrás un concepto de identidad femenina complementaria y dependiente de la identidad del hombre, y también otra más reciente, moldeada con referencias masculinas



cioculturales, cargadas de estereotipos que, como tales, podían y debían cambiarse, cuando no, eliminarse.

Unas explicaciones que han resultado, sin duda, insuficientes pues, como ha escrito la historiadora María-Milagros Rivera, "el concepto de género nos ayudó a desnudarnos, pero de alguna manera nos dejó desnudas", al pedirnos dejar hasta lo que es valioso para cada una, ante la evidencia de que, de otra forma, no podríamos movernos con la libertad que buscábamos. Aportó una respuesta parcial –por la globalización al aplicarla–, que nos ha impedido ofrecer, especialmente en la educación, referentes femeninos en los que las alumnas y las profesoras pudieran reconocerse en las búsquedas femeninas "de existencia social libre". Este procedimiento, esta disección, contribuyó poco a paliar las carencias con las que se encontraban las mujeres después de haber estudiado y aprendido todo lo que se les enseñaba en las aulas; porque la ausencia, el silencio consentido, hacía callar los valores, los contenidos y cualquier reconocimiento a las contribuciones femeninas a la sociedad, a la cultura, a la ciencia.

En la imagen que diseñaba el bagaje académico seleccionado y transmitido, más implícita que explícitamente, aparecía que las mujeres, tanto las de todos los siglos como las de generaciones más cercanas, se habían limitado, siempre y sólo, a desarrollar acciones y destrezas repetitivas, y nunca a crear cultura, tal como ésta era entendida.

¿Nosotras, las mujeres?

Por otra parte, la aplicación del concepto género como categoría analítica, no ha estado exenta de dificultades. En unos casos, por ser una aportación constructiva, positiva; y, en otros, por mostrarse como una categoría reactiva, que trataba de obtener legitimidad y reconocimiento teórico.

De ahí que:

– en un primer momento, tuviera que enfrentarse a la categoría de clase social, en un contexto científico en el que los acercamientos marxistas eran los principales protagonistas.

– en la década de los ochenta, surgieran objeciones a su aplicación. La sospecha del postmodernismo respecto de la implícita

complicidad de esta categoría, con tesis esencialistas en torno a la identidad femenina o masculina, dirigió su crítica a este tipo de análisis. La relación entre identidad de género y sexo biológico, la distinción sexo/género, pasó a ser un binomio contestado en algunos círculos de pensamiento.

– que en los años noventa, la realidad y la nueva conciencia acerca del multiculturalismo, haya exigido repensar las implicaciones y las consecuencias de lo que se asignaba al concepto género, desde criterios más amplios y más abiertos; interpretándolo en términos de pluralidad y de diversidad.

Quizás nos hemos detenido demasiado en nuestros estudios y descripciones, en la reincidente contraposición entre naturaleza y cultu-

No podemos pensar a las mujeres, por ejemplo, como un grupo homogéneo en el que se presupone una identidad común y uniforme para todas





ra, entre sexo y género. Contraposición alimentada por una lectura excesivamente centrada en el objetivo de explicar cómo ha funcionado el patriarcado, y en cómo hay que reaccionar frente a sus concepciones del mundo. En el fondo, sin dejar de mantenerlo entre las pautas de comparación, sin dejar de sustentarlo con nuestra mirada.

No podemos pensar a las mujeres, por ejemplo, como un grupo homogéneo en el que se presupone una identidad común y uniforme para todas. Hay que tener en cuenta: lo que cada persona es, que incluye, no sólo lo atribuido y lo impuesto por otros, sino el conjunto de experiencias vividas, también las que proceden de rebasar esas normas; la importancia de los contextos concretos en los que se desarrolla el sentido de la identidad, con decisiones de unas, imposibles para otras; y también, la imagen que se exterioriza, distinta, a veces, de la verdadera, por los impedimentos que interfieren su manifestación. La voluntad puesta en fijar una voz única en representación del “nosotras, las mujeres”, va mal encaminada. Mecanismo que, de igual manera, se produce en cualquier área de conocimiento al aplicar a su análisis la categoría género.

Por lo tanto, sin dejar de constatar que es un importante marco de referencia adicional, una variable de análisis importante, que nos ayuda a comprender algunas de las modalidades que caracterizan las visiones del mundo y las relaciones entre hombres y mujeres, sus conclusiones no nos muestran toda la realidad.

Y como sabemos que las perspectivas teóricas están sujetas a una lógica variabilidad,

aquí, la experiencia y la conciencia ganadas, han llevado a entrar en otras formas de hacer investigación feminista.

Incorporar otros “saberes”

Una de ellas, la que elige el “partir de sí”, una modalidad de análisis “desde las mujeres”, que incorpora el saber que nace de la experiencia personal y de la de relación con otras mujeres. Que permite utilizar la palabra que tienen, para hablar y decir desde sí mismas; para dar un sentido y un lugar a lo femenino más allá de los límites previstos en los criterios de elaboración del conocimiento; para salir de esas búsquedas de subordinación a que conducen ciertos análisis, que debilitan políticamente a las mujeres.

La noción de género vinculado a la identidad colectiva e individual, y a la construcción de la ciencia, ha cumplido un objetivo histórico y político de desvelamiento de la estrategia para naturalizar la inferioridad femenina y subrayar el androcentrismo del conocimiento. Ahora, sin embargo, esperan nuevas tareas. Entre otras, la de dejar espacio a visiones más plurales, a la diversidad que encierra la realidad; la de contribuir a unas actitudes de colaboración entre mujeres en ellas; la de entender necesaria la desconexión entre identidad y género, tal como la habíamos concebido; y la de convertir nuestras diferencias en la forma de ser, y en la de crear conocimiento, en posibilidad, en potencia, en riqueza.

Unos nuevos modos de comprometerse en las prácticas políticas y en la actividad académica, docente e investigadora. ©

